

GERMANIA

REVISTA DE CONFRATERNIDAD HISPANO-ALEMANA

DIRECTOR: LUIS ALMERICH

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LAURIA, 55 — BARCELONA

Latinismo

Por MANUEL DE MONTOLIU

«Sois latinos», nos gritan los franceses como último y supremo argumento para conseguir la ayuda o siquiera la simpatía de nosotros los españoles. «Sois latinos, sois hermanos nuestros», nos repiten, creyendo haber dicho con esto la palabra más seductora, capaz de hacer doblegar nuestra neutralidad en su favor. Su causa es, según ellos, una causa de familia, que impone a todos sus miembros la obligación de salir a defender con armas en la mano o al menos con entusiasmo en el corazón y palabras de aliento en los labios los intereses sagrados, tanto morales como materiales, de la comunidad, amenazados por la nueva invasión de los «bárbaros»; españoles, portugueses, italianos y rumanos habrían de salir de su pasividad suicida al mágico conjuro de esta palabra *Latinismo*, que debiera juntar en un solo haz a todos los hijos de la misma madre en la hora suprema del peligro. Pero antes de dejarnos arrastrar por la fuerza de este mágico conjuro, ¿no os parece, lectores amigos, que vale la pena que examinemos el verdadero sentido de esta palabra sonora y deslumbrante y examinemos concienzudamente la realidad viva que pueda ocultarse bajo este lema simbólico que con tanta insistencia hacen ondear ante nuestros ojos los franceses como si fuese la bandera sagrada de una patria común?

* * *

¿Hasta qué punto los españoles podemos llamarnos *latinos*? Se puede ser latino por la sangre, por la lengua y por la cultura.

¿Somos *latinos* por la sangre? ¿Quién conociendo medianamente la historia puede titubear en dar a esta pregunta una respuesta negativa? Las razas ibéricas se conservaron incólumes al través del proceso de la romanización completa de su vida social. Basta contemplar la faz maravillosa de aquella estatua ibérica conocida bajo el nombre de la *Dama de Elche*, para convencerse de la perpetuación hasta nuestros días del tipo nacional de la mujer española. Sólo en contadas y estrechas zonas de territorio han dejado los romanos las huellas de su raza y la estampa de su sangre en el aspecto corporal y la estructura física de los habitantes de la península.

¿Somos latinos por la lengua? Es cierto que en toda España, excepto en el rincón de las Vascongadas, se hablan lenguas latinas. Pero recordemos que la lengua latina substituyó a las lenguas primitivas ibéricas que hablaban nuestros antepasados, y, por consiguiente, fué fatal que aquel verbo romano se transformase rápidamente y se desfigurase del todo en la labor de adaptarse al espíritu propio de cada una de las razas que poblaban el suelo ibérico. De aquí la diferencia entre las lenguas habladas en España. Inversamente a lo que dijo Gastón París de que un pueblo al cambiar de lengua cambia también su alma nacional, creemos más exacto decir que una lengua al ser adoptada por un pueblo de lengua distinta pierde su espíritu propio y original para adquirir el espíritu propio de la raza que la adopta y transformarse radicalmente en un verbo tan nacional como pudiera serlo la antigua lengua originaria. El espíritu de un pueblo es inmortal; permanece el mismo al través de los siglos y de las vicisitudes de la historia y es siempre asaz potente para transformar y asimilar en materia propia todos los elementos extraños que los azares de su vida le fueren a aceptar. Hoy, hablando como hablamos una lengua latina, hablamos tan fbero como nuestros antepasados prerromanos: porque el espíritu de la lengua no está en el vocabulario, ni en la sintaxis, sino en algo de su elemento fonético, en algo más sutil y más inaccesible a la observación y al análisis, en algo íntima y directamente ligado con la psiquis; está en su música, en eso que llamamos *el acento* de una lengua, en la modulación, en el canto de nuestras palabras. Y si fuese posible que un antiguo fbero resucitase, al oír la lengua que hablan sus descendientes, no comprendería, es verdad, el sentido de sus palabras, pero reconocería sin duda en ella la misma música, el mismo canto, el mismo sentimiento inconsciente que ponía él en la suya a pesar de ser tan diferente. La diferencia de las antiguas razas se ha perpetuado en la diferencia profunda que en medio de su semejanza de origen material existe hoy entre las diversas lenguas neolatinas.

¿Somos latinos por la cultura? Antes de contestar a esta pregunta, apresurémonos a hacer una observación esencial a nuestro objeto. Lo que llamamos cultura latina es propiamente, todos lo sabemos, la cultura greco-latina, con una inmensa preponderancia del elemento griego, pues sabido es que la cultura intelectual romana, excepto en algunos contados dominios, como el Derecho, fué una copia o remedo de la superior cultura helénica. El cultivo apasionado de las artes y de las ciencias que distingue y ha distinguido siempre a la cultura occidental, ha sido exclusivo fruto de la civilización griega. El romano clásico, el romano de buena cepa, despreciaba los altos estudios como cosas livianas: el romano era hombre de acción en una sola pieza. Su diversión típica eran los juegos de guerra y sangre del circo. Recordemos que Cornelio Nepote se creyó obligado a excusar ante sus lectores romanos a Epaminondas porque sabía danzar, cantar y tocar la cítara y la flauta como un artista consumado y era apasionado de la filosofía, cosas que para los romanos, según él mismo afirma, eran frívolas y más bien vituperables. De manera que al fin de cuentas al hablar de cultura latina nos referimos a la cultura griega, y al decir *latinismo* significamos propiamente *helenismo*.

Ahora bien; ¿con qué derecho podemos llamarnos *griegos* por la cultura intelectual los franceses y los españoles, los portugueses y los italianos? Pues exactamente con el mismo derecho con que se lo pueden llamar ahora los ingleses y los alemanes, los húngaros y los escandinavos. Porque esta cultura griega es un patrimonio común de la humanidad civilizada, y en todos los pueblos y en todas las razas de la Europa central y occidental, desde la magnífica eclosión del Renacimiento, se ha infundido su espíritu en todos los dominios del saber y en todas las modalidades de la vida social. Aquel supremo equilibrio entre la razón y el instinto, entre la inteligencia y la vida, entre Apolo y Dionysos, que tan sagazmente desentrañó Nietzsche en la tragedia griega, ha sido siempre la norma suprema en la cultura de los pueblos superiores de nuestra Europa, que se han lanzado a la acción y a la especulación con un vigor sin igual, aunque con diferente ritmo, en con-

traste con otras razas civilizadas, que se han adormecido en la inactividad del instinto y de la contemplación. Claro está que pueblos de constitución espiritual tan distinta como los que pueblan nuestra Europa han adaptado a sus propias necesidades y carácter diferentes aspectos de esta universalmente humana cultura griega. Pero todos han bebido en ella por igual; a todos ha nutrido la inmortal cosecha del pueblo privilegiado de la Historia.

Pero si examinamos atentamente esta participación de todos los pueblos cultos en la inagotable cosecha del espíritu de Grecia, veremos que no somos nosotros, los llamados pueblos *latinos*, los que podemos vanagloriarnos de haber participado de él con mayor perseverancia y en más larga medida que los demás. El último resultado memorable, por su sublime magnitud, de la influencia del *humanismo* griego, ha sido el estupendo Renacimiento intelectual de Alemania entre los siglos XVIII y XIX, la tercera Edad de Oro de la Humanidad, después de la de Grecia, y de la del Renacimiento italiano. Aquel surgir pasmoso de filósofos y músicos, de poetas y sabios geniales que se vió en la Alemania de aquella época, fué la regeneración de la misma cultura griega trasplantada en otro clima y en otra raza. Hoy todavía duran en Alemania los efectos de aquel impulso gigantesco, y el epigonismo alemán se alimenta aún hoy de las sobras de aquel magno banquete. La cultura intelectual alemana está helenizada como otra ninguna. Hace poco que en nombre de la educación humanista la Facultad de Filosofía abarcaba en las Universidades alemanas dominios tan distantes como la Medicina y la Historia. La visión sintética de la cultura, su comprensión dentro de la Filosofía, eso tan griego, tan humanista, subsiste aún en líneas generales dentro de la organización de la enseñanza en Alemania, a pesar de la enorme especialización actual de los conocimientos. Y dudamos que haya en ningún otro país instituciones de enseñanza en que tan seriamente se estudie el griego y el latín como en los Gimnasios alemanes. ¿Qué más? ¿Acaso no es la ciencia alemana, que es amor hecho saber, la que en mayor grado que ninguna otra nos ha descubierto la visión maravillosa de la antigua Grecia?

Desengañémonos: a pesar del mar *cerúleo* que susurra a nuestras plantas, a pesar de nuestro cielo azul y límpido como ningún otro, a pesar de nuestros paisajes serenos y luminosos en que se cimbreaba el laurel de Apolo y proyecta su leve sombra el olivo de Atenea, a pesar de nuestra charla sonora como un manojo de cascabeles y de nuestros gestos y ademanes siempre plásticos y dramáticos, a pesar de todos los oropeles flamantes de nuestro *latinismo* o *helenismo*, somos actualmente en nuestra cultura menos latinos y griegos que cualquier alumno de *tertia* de un gimnasio alemán que se sabe su Horacio y su Homero de memoria y que un estudiante de Filosofía que sale un día de su Universidad teutona saboreando en sus adentros unos versos de Sófocles en medio de la avalancha de nieve que arroja un cielo turbio e implacable. Porque creedme, amigos, aquel «cielo turbio y pesado que se hunde en la cabeza» (*Trübe der Himmel und schwer auf meine Scheitel sich senkte*), que Goethe recordaba con terror en medio de las delicias de Roma, no se halla solamente en la región del sol, la luna y las estrellas, se halla también en estos libros, en estas universidades, en estas escuelas, en esta mísera educación intelectual que *disfrutamos* nosotros «los latinos de España». Y por esto mi instinto se dirige sediento hacia aquel cielo turbio de Alemania, donde me he sentido más latino y más griego que bajo el cielo tan claro de nuestro país. Si en el terreno de la cultura somos los españoles los menos latinos y griegos de los pueblos cultos de Europa, ¿en nombre de qué hemos de seguir llamándonos *latinos*, nosotros, hijos de la áspera Iberia, a los que llega solamente un reflejo de la antigua Grecia en las olas de este mar azul y transparente? Y, sin embargo, en esta palabra *latinismo* hay una realidad innegable, aunque la exprese muy imperfectamente. *Latinismo*, efectivamente, significa en esencia una especial manera de ser y de comprender la vida en armonía con las condiciones del medio ambiente en que viven ciertas razas humanas. *Latinismo* quiere decir meridionalismo, o si os gusta más, mediterraneanismo, y con tal nombre

indicamos el común carácter que reúne en una familia espiritual no sólo a los diversos pueblos que hablamos lenguas neo-latinas, sino también a todos los demás que viven bajo el sol radiante y junto al mar azul del mediodía de Europa, llámense catalanes o dálmatas, llámense provenzales o griegos, llámense napolitanos o albaneses. Esta es la única realidad viva que se encierra con impropia expresión en la palabra *latinismo*: unidad, no de raza, no de lengua, no de cultura, sino unidad de medio ambiente físico que se refleja fatalmente en un vasto dominio del carácter, de las costumbres, de la concepción de la vida, de las relaciones sociales, etc., de un conjunto de pueblos de las más diversas procedencias. *Mediterranismo*, pues, no *latinismo*.

Fuimos, sí, latinos y griegos un día. Lo fuimos los españoles y los portugueses, los franceses y los italianos. Lo fuimos en gloriosos siglos pasados, cuando las razas que pueblan las riberas luminosas del mar latino teníamos la hegemonía de aquella inmortal civilización heleno-romana y podíamos proclamarnos únicos depositarios de su sublime herencia frente a los demás pueblos europeos sumidos aún en pesado sueño dentro de las melancólicas brumas del Norte. Pero esta herencia, como todas las herencias, pasa y se transmite de mano en mano; y aquella que había sido la gloria nuestra más excelsa, hasta el punto de atribuirnos con todo derecho el título de «latinos», se marchitó insensiblemente en nuestras manos y no reverdeció hasta que nos la arrebataron aquellas razas del Norte que acababan de despertar a nueva vida y transplantándola en su territorio infiltraron en ella la savia de su energía virgen. Al despuntar la aurora de los nuevos tiempos, Inglaterra fué la verdadera heredera del espíritu político de Roma y no tardó en aparecer a su lado el nuevo heredero del espíritu de Grecia. La Alemania de Goethe y de Kant, de Beethoven y Herder, aquel «pueblo de filósofos y poetas» hizo revivir a la humanidad por una larga serie de lustros el sueño sublime de Grecia. Pero la evolución de aquel primer impulso ha proseguido en este pueblo de una manera incesante, y aquella poesía y aquella filosofía han fructificado en potencia política y económica. Y hoy en día Alemania, después de haber sido la nueva Grecia, está preparada y dispuesta a ser la reencarnación de Roma y a imponer al mundo el espíritu clásico redivivo de la autoridad, del orden y de la disciplina. La cultura greco-latina viene a ser algo así como una herencia que la humanidad ha dejado con sucesión vinculada. El genio de la humanidad ha dispuesto en sus arcanos designios que aquellos tesoros inmortales no permaneciesen jamás inactivos e infructíferos, y que cuando las manos de los que los disfrutasen se sintiesen débiles y cansadas, los transmitiesen a otras más vigorosas y dispuestas a centuplicar su maravillosa fecundidad. Nosotros, franceses, españoles e italianos, somos más latinos y griegos que los alemanes tan sólo porque lo hemos sido antes que éstos. Pero hace tiempo que nos sentimos débiles, fatigados y decadentes y nos tuvimos que resignar a ver la herencia inmortal en manos de los fuertes. ¿Cuál ha de ser así el remedio de nuestra debilidad? ¿Será el remedio el cerrar obstinadamente los ojos a la realidad y forjarnos vanas ilusiones sobre la actualidad de nuestro *latinismo*? ¿No será, por el contrario, más varonil y de más positivos resultados que nos decidamos a aprender la fortaleza de los fuertes y de los que dominan hoy los destinos de la humanidad, para que llegue el día en que logremos arrebatarnos y volver a nuestras manos aquel perdido tesoro de los dioses? Por lo que a mí toca, creo firmemente, y no es paradoja, que el triunfo de nuestro *latinismo* está en aprovechar intensamente esta vigorosa lección de *germanismo* que hoy resuena por todo el orbe de la tierra.

Economía política y guerrera

POR PAUL ROHRBACH

LA Universidad de Muenster, en Westfalia, ha organizado una serie de conferencias sobre la guerra, que se publican por la casa Bergmeyer, de aquella ciudad. En el cuaderno 11-12 trata el profesor Plenge, en 200 páginas, distribuidas en 10 capítulos, de la economía política y guerrera.

Para dar al lector una muestra del trabajo de Plenge, quiero reproducir la parte principal del capítulo IX, que trata de las condiciones económicas de la paz. Plenge empieza reproduciendo una frase de Negel sobre la guerra de defensa y de conquista, y prosigue:

Negel dice de Napoleón: «Jamás se obtuvieron victorias más grandes ni se realizaron campañas más deliciosas; pero jamás salió tanto a la luz la impotencia del vencedor como entonces.» Quizá se hubiera podido decir lo mismo de 1914 si el victorioso avance de agosto hubiese continuado y nos hubiese hecho temerarios. Ahora hemos vuelto a la reflexión y podemos preguntarnos con meticulosa claridad qué necesitamos como medida natural de nuestro crecimiento. Necesitamos la subsistencia de nuestra fuerza para seguir sanos interiormente y poder ser la cabeza de Europa. Por eso se derrumban como falsas ilusiones los ideales de poder como tales.

No queremos conquistar más que lo que sea necesario por razones económicas y militares. Nuestra fuerza es nuestra unidad nacional. Toda anexión innecesaria de población extraña es, a pesar de todas las «fronteras geográficas», un mal. Tampoco hemos de creer en la posibilidad de destruir la industria de Inglaterra o de obtener un monopolio industrial. Esto, prescindiendo de la situación política internacional, es económicamente imposible, porque, a cambio de nuestro monopolio industrial, deberíamos importar productos agrícolas y perderíamos, como Inglaterra, la base firme de nuestra agricultura que nos basta en caso de necesidad.

El fin de la guerra no ha de ser, pues, política ni económicamente, una especie de dominación universal, sino sólo la dirección de Europa: la preponderancia del país superior, modelo, particularmente fuerte en todos los fines de la vida. Queremos ser políticamente, como ya lo somos geográficamente, el centro de Europa. Queremos serlo como potencia continental, rodeada de enemigos tan fuertes que no puede ser nunca temeraria y sólo ha libertado de un Estado insular al mar que ella y todos necesitan.

Alguien ha cuidado de que no podamos volar hacia el cielo. Nos queda competencia en Europa y más aun fuera de ella. Por esto mismo no sólo seremos fuertes un breve momento en la Historia, sino que la constante oposición nos obligará a serlo siempre. Esta es la mejor garantía histórica de que nuestra victoria no será una victoria impotente, sino el principio de nuestro poder permanente, que mantendremos por la subsistencia de nuestro poder guerrero, de nuestra labor económica y de nuestro espíritu progresivo.

Por limitada que esté la ganancia que podamos sacar de la guerra, no deja de ser necesario convencerse de que en bien de nuestra subsistencia, aquélla no puede terminar sin resultados tangibles. Puesto que hemos sido atacados por sed de dominio, por envidia comercial y por deseo de venganza, el resultado de la guerra ha de ser impedir que se repita el caso y procurarnos el resarcimiento de los perjuicios sufridos por la misma. Si logramos imponer eso habremos conseguido establecer la deseada relación con nuestros enemigos,

los cuales, además de los golpes que han recibido, pagarán los gastos de su aventura. No necesitamos nada más. Nuestros aliados harán la misma cuenta.

En todo caso resultará así un doble fin de la paz: militar y económico.

El fin militar puede concretarse así: fronteras convenientes con Francia; fuertes puntos de apoyo contra Inglaterra, para impedir en lo futuro sus raptos de envidia; fronteras convenientes con Rusia. No hemos de discutir aquí estos fines militares. Sólo puede decirse que la forma en que, por razones económicas y de la paz, habrá que disponer de Bélgica, nos puede proporcionar el punto de apoyo contra Inglaterra, y que la correspondiente formación de una frontera meridional con Francia sólo reclama una insignificante modificación de la frontera occidental. En el E., no coinciden tan bien el interés económico y el interés militar. El primero aconseja solamente un moderado avance de la frontera. Es de presumir que la necesidad militar pueda satisfacerse por medio de una modificación política exterior a nuestras fronteras.

El fin económico exige una indemnización por los gastos ocasionados por la guerra y por los perjuicios representados por la subsiguiente perturbación de la vida económica: disminución de la capacidad productora por las grandes pérdidas de vidas humanas, disminución de nuestra exportación por la guerra comercial y la perturbación de la economía universal.

Parece difícil compensar esos perjuicios no reductibles a dinero, ya que no puede devolverse en la misma forma lo que ha existido antes. Lo más imposible de todo es naturalmente devolvernos las vidas que habremos perdido. Nada sería más equivocado que exigir en su lugar del enemigo una suma correspondiente de población, substituyendo por elementos extraños en los que no podríamos confiar, a los fieles patriotas perdidos.

Ya nos resultarán bastantes incomodidades de la inmigración de que será objeto nuestro país a causa de los vacíos que quedarán en nuestra economía productora y de la consiguiente facilidad de prosperar que ellas ofrecerán. Lo único deseable sería en todo caso el ingreso en el país de una parte de sus súbditos expatriados y de los naturalizados que sintieran una verdadera admiración por su nueva patria. Los enemigos no pueden pagarnos la cuenta en hombres. Desde el punto de vista económico han de darnos, pues, una compensación en otras fuerzas productoras. Han de ayudar en lo futuro a fortalecer nuestra preponderancia industrial que han querido debilitar. Habremos de quedarnos para siempre con las minas de carbón y de hierro situadas en la frontera. Esta es la indispensable compensación de la enorme herida que ha sufrido ahora nuestra vitalidad nacional.

Pero no hay que querer conservar, partiendo del mismo punto de vista del aumento de nuestra fuerza productora, ciudades como Lodz. Las industrias situadas artificialmente en un lugar pueden trasladarse fácilmente, y si son arrancadas a su antiguo sistema económico sufren una dura lucha de adaptación. Nuestra industria textil nos basta. No necesitamos una nueva industria de exportación a Oriente. Además, nuestros obreros no encontrarían más trabajo, sino más competencia.

El segundo gran perjuicio que hemos sufrido es el de nuestra exportación por la guerra comercial y la paralización de la economía internacional. Hemos de contar con que ambos fenómenos durarán relativamente bastante tiempo y, en particular, con que los efectos de la guerra comercial serán largos y dificultarán por algún tiempo el intercambio con nuestros enemigos. A ello hay que añadir que toda la política comercial futura se orientará en el sentido de la disposición para la guerra. Nuestra victoria es la victoria de la economía nacional, bastándose en caso necesario a sí misma. Este ejemplo formará escuela. Por eso toda la política colonial futura será gobernada por esta guerra: sólo se admitirá la dependencia industrial de los países de cuya amistad política duradera se esté seguro.

Por esta razón nos ha de proteger la paz en lo posible contra un peligro constante de nuestra exportación.

En consecuencia, se dice muy a menudo que al firmarse la paz tendrán gran importancia los tratados de comercio con nuestros enemigos. No lo creo. Habrá que redactarlos brevemente: mantenimiento por nuestros enemigos, durante tres o cinco años, de las condiciones existentes al empezar la guerra y por parte de Inglaterra de la cláusula de la nación más favorecida por el mismo tiempo. Después veremos. Entonces no habrá todavía otra guerra, aun cuando no podamos estar en muy buena disposición para contratar, por ejemplo, con Rusia. Ya ahora, y más aun en el porvenir, habrá que distinguir entre las relaciones comerciales generales y los tratados de comercio con las naciones más amigas, de modo que habrá dos formas de favor: una más limitada y otra más amplia. Esta distinción de las naciones más amigas con privilegios especiales será patrimonio del porvenir. Estos tratados de comercio, y no los con nuestros adversarios políticos, son los que hemos de celebrar ante todo. Y tanto nosotros como nuestros amigos, hemos de asegurarnos la libertad de celebrarlos.

Hay que convencerse de que esta guerra dejará enemistades contra las cuales nada podrán los tratados de comercio. Por eso no hay que querer nada por la fuerza, sino que hay que contentarse con lo que vaya formándose poco a poco. Si nos empeñáramos en imponer tratados comerciales a largo plazo, perpetuos si se quiere, provocaríamos, en realidad, un boycott, y, tarde o temprano, la consiguiente guerra, producto del odio comercial. Ningún pueblo aguanta mucho tiempo las privaciones representadas por un tratado de comercio impuesto por una paz. Fuera, pues, con ello.

Mas, ya que nuestros enemigos no pueden darnos nada seguro para el porvenir en forma de tratados de comercio, han de darnos al menos colonias. Lo deseable en este punto sería en esencia un gran imperio en el Africa central y un buen puente hacia el E. del Asia. Además, la independencia de nuestra amiga civilización islamita, cuya sumisión se ha intentado recientemente.

Esta es una indemnización tangible por los daños que ha experimentado nuestra venta. En lo demás hemos de bastarnos a nosotros mismos. Por eso el fortalecimiento decidido de la suficiencia de nuestro mercado a costa de nuestros enemigos, es un programa mucho mejor para asegurar permanentemente nuestra venta, que la imposición de tratados de comercio, al hacer la paz. Si arrojamos decididamente de nuestro mercado a nuestros enemigos, es posible que éstos, después de cinco años, estén dispuestos a pactar. Por esta razón está justificado el fijarnos por cinco años el arancel del enemigo, o asegurarnos la cláusula de la nación más favorecida y completa libertad de acción en nuestro arancel. Esta es la única contestación justa a la guerra comercial y evita largas negociaciones.

Al lado de eso, como se ha dicho ya, habrá que establecer relaciones comerciales con las naciones más amigas. Para asegurar nuestra suficiencia económica deberemos mantener un sistema de protección agraria que haga frente a las naciones enemigas y sea tolerante con las naciones amigas. Este puede ser un medio de aumentar el bloque de los pueblos estrechamente unidos a nosotros.

Sería erróneo suprimir por completo las barreras aduaneras entre nosotros y nuestros vecinos amigos. Esto sería demasiado amor. Pues lo primordial es el mantenimiento de la energía y de la completa independencia nacionales. Esto puede decirse incluso de la unión económica total con Austria. La amistad de los pueblos no es una comunidad conyugal, o al menos lo es con separación absoluta de bienes.

La base última de nuestras relaciones comerciales internacionales consistirá en ser necesarios al mundo. Necesarios por la potencia de nuestras fuerzas productivas; necesarios por el desarrollo de nuestra técnica. Por eso debemos aumentar nuestros yacimientos carboníferos y nuestros metales en interés de nuestra futura situación en el comercio internacional. De este modo quitamos a los demás la posibilidad de encerrarse en su economía suficiente. Nos necesitan y cuanto más nos necesiten tanto más difícil será restaurar el

tráfico internacional. Por otra parte hemos de cuidar de no disminuir demasiado, por la excesiva anexión de territorios agrícolas, nuestra capacidad como importadores en tiempos de paz. En bien de la comunidad cultural hemos de estar dispuestos también nosotros al restablecimiento de ese tráfico universal. Cuando el deseo de independencia económica de las naciones es demasiado grande, pierde toda medida y todo derecho. Con el tiempo, el «estado comercial cerrado» se convierte en una barbarie satisfecha.

Al lado de estas cuestiones, el problema de la indemnización pecuniaria parece mucho más sencillo. En realidad, es extraordinariamente difícil. La indemnización necesaria para resarcirnos de los perjuicios sufridos por la guerra, puede calcularse aproximadamente en 30 mil millones. 12 mil millones para gastos de la guerra propiamente dicha; de 5 a 10 mil millones para una caja de pensiones para nuestros inválidos y huérfanos, y el resto para la restauración de nuestra preparación militar, para la Prusia oriental y Tsingtau, para indemnizaciones a particulares, etc. Hasta aquí el cálculo es sencillo, pues la Hacienda puede fijar exactamente esos datos.

Pero ¿cómo hay que pagar esta enorme suma?

Cualquier persona, por lega que ella sea en cuestiones económicas, puede comprender fácilmente que no puede pagarse en metálico, lo cual tampoco nos aprovecharía gran cosa. Esta guerra la hemos hecho con una buena cantidad de papel moneda. El aumento de dinero en el mercado encarece las mercancías. La vuelta al puro patrón oro no sería recomendable ni exigiría tampoco muchos miles de millones.

Pero si, como en 1870, se nos dieran buenas letras de cambio, tendríamos durante años un crédito en el extranjero, a corto plazo, que podría ser transformado en dinero nuestro por nosotros mismos o por nuestros enemigos. En tal caso los marcos serían buscados y habría una gran oferta de francos, libras y rublos. El problema de la posible pérdida en el cambio es insignificante. Peor es que en una situación tal, nuestros exportadores obtendrían por el dinero extranjero ganado por ellos, menos marcos que antes, lo cual quitaría durante años estímulo a la exportación. En cambio los importadores obtendrían por sus mercancías marcos que podrían cambiar en buenas condiciones por la moneda con que habrían de pagar en el extranjero las mercancías importadas. Por consiguiente, una fuerte indemnización de guerra en plazos anuales de seis mil millones, por ejemplo, perjudicaría tan extraordinariamente nuestra exportación como favorecería la importación.

Sigamos. De la indemnización de guerra que ingresaría el Imperio, una parte pasaría a manos de particulares indemnizados y otra a la industria encargada de restaurar las existencias militares del país. Una tercera parte pasaría a los estados federados y a las corporaciones locales por los adelantos hechos durante la guerra y debería aplicarse principalmente a la amortización de las deudas por ellos contraídas. El Imperio amortizaría en seguida, mediante la indemnización consiguiente a los suscriptores, todo el empréstito de guerra, tomando en su mano una enorme cantidad de efectos alemanes a interés fijo como base de la nueva caja de inválidos. De este modo todo el importe de la indemnización pasaría a manos de particulares cuyos capitales estaban antes empleados de muy distinto modo. Ahora deberían colocarlo otra vez a interés. Pero no hay papel de estado. Consecuencia de esta insaciable sed de colocación de capitales sería un terrible juego bursátil al alza con los peligros de los grandes excesos de la especulación y un desbarajuste mayor que el que siguió a 1870. Todos esos peligros deben ser evitados y pueden evitarse pagándose la mayor parte de la indemnización, no en metálico ni en letras, sino en efectos.

La hipotética suma de 30 mil millones se distribuiría entonces del siguiente modo: 2 mil millones en oro para dar al fondo de garantía del Banco Imperial una solidez suficiente en todo caso. Si quisiéramos volver de la circulación fiduciaria a la cara circulación del oro, en vez de 2 mil millones habríamos de contar en esta partida 4, cuyo pago sería mucho

más incómodo a nuestros enemigos y podría tener para nosotros una desagradable repercusión en la economía internacional.

Unos 4, 6 u 8 mil millones en letras pagaderas en unos tres años. Es muy deseable un crédito internacional de esta importancia, pagadero en los primeros tres años. Pues al principio necesitaremos gran cantidad de materias primas, al paso que nuestra industria, en parte habrá de trabajar para el mercado nacional y en parte necesitará algún tiempo para restablecer su exportación. Por eso es deseable un cierto mejoramiento de nuestro balance internacional durante el período de transición que seguirá a la paz. Los restantes 20 mil millones en efectos.

Esto sorprende de momento. Pues ¿qué vamos a hacer con papel de estado francés, inglés o ruso? Muy poco, realmente. Al contrario: una deuda permanente de nuestros enemigos en Alemania podría acarrear consecuencias políticas muy desagradables. Lo que necesitamos son las acciones de ferrocarriles y puertos, minas y fábricas, etc., en Turquía y en China, en el Congo, en cierto modo en Sur América, etc., y papel de estado de países amigos. Necesitamos reforzar nuestra potencia económica internacional y librar a nuestros amigos de la excesiva influencia financiera de Inglaterra y Francia.

Podría decirse que esto ya se realizará automáticamente; que si una fuerte indemnización de guerra provee abundantemente nuestro mercado monetario, el público ya comprará esos efectos extranjeros, porque el tipo del cambio facilitará esas operaciones. Ciertamente. Pero ello tendría lugar entre grandes oscilaciones y fracasos y sin una cohesión consciente de nuestros intereses nacionales.

Y esta cohesión es posible. En el estado actual de la técnica bancaria es muy sencillo confiar la totalidad de los efectos a la administración de una o más sociedades y ofrecer las obligaciones de estas sociedades, garantidas por la repartición del riesgo y quizá por el Imperio, a cambio del empréstito de guerra amortizable.

De este modo se lograría todo lo que debe lograrse. El Imperio recibe su indemnización. La balanza mercantil no se perturba. La permuta de títulos del empréstito por obligaciones contra el extranjero evitaría todo exceso de especulación. A esto se agrega el fortalecimiento de nuestra influencia internacional en las empresas económicas de nuestros centros de exportación más amigos y más importantes para nosotros, que, por razones políticas, no es ejercida directamente por el Imperio, sino por sociedades inspeccionadas por el Estado y grandes bancos. Con ello se establece también el necesario centro de una política capitalista consciente, que no puede ser el Banco Imperial.

De parte de nuestros enemigos el negocio es también posible, ya que se trata de una organización tal o cual del cambio de efectos, si bien deben crear ellos nuevo papel de Estado para obtener los efectos extranjeros que nosotros deseamos. A consecuencia de la paralización de la economía internacional, la mayoría de los papeles que deseamos se obtendrán baratos. El propietario privado del extranjero hará incluso un buen negocio con el cambio. En las bolsas extranjeras tendrá lugar una mayor especulación que en las nuestras y con ella una apariencia engañosa de movimiento que no nos perjudica en absoluto y hasta puede reconciliar con la indemnización a más de un bolsista de Londres y París y hasta a algún ministro.

Será recomendable mantener entre los aliados una solidaridad tan estrecha para el pago de la indemnización, como la que ellos mismos han establecido para la negociación de la paz. El suelo de Francia responderá del pago, e Inglaterra estará obligada en primer lugar, quedando a su elección, proporcionar la parte de contribución de Rusia y Francia que calculamos en 5 mil millones. Sólo se admitirían efectos de Inglaterra y Francia. Para satisfacer la suma que le corresponda, Rusia habrá de hacer un nuevo empréstito. No hay que temer que la colocación de un gran empréstito ruso en Inglaterra una a ambos

países por largo tiempo. Ante todo asegura la dependencia de Rusia del cupón y dificulta grandemente que la misma se arme nuevamente.

Así como en 1870 se indicaba, para completar nuestra sencilla economía, el empleo de la indemnización de guerra en la implantación del patrón oro y, a pesar de los desagradables inconvenientes de la época de la fundación, en la estimulación de nuestro desarrollo industrial, ahora importa que la indemnización actual fortalezca nuestra posición en la economía internacional. De esta manera se facilitará grandemente la aproximación económica con nuestras naciones amigas.

Fuerzas productivas industriales, colonias y una contribución en efectos son, pues, los fines económicos que en la situación actual de nuestra economía compensarían los efectos de la guerra que se nos ha echado encima.

Un problema especial es el de Bélgica. Es imposible abandonarla al aplastamiento económico en que la hubimos de sumir. También es imposible tolerar en la frontera de nuestra región industrial del Rhin y Westfalia un vecino lleno de odio contra nosotros. No hay más que una solución posible: convertir el odio en amor y reconstruir económicamente a Bélgica, pero como parte del Imperio. Esto es lo que recomiendan razones de humanidad y de pacificación universal, que exigen la completa curación de esta grave herida.

Lo único que podría apartarnos de esta decisión necesaria sería la consideración a la vecina Holanda. Pero una Holanda independiente no nos perjudica en absoluto, sino que armoniza con todos nuestros intereses económicos. Y una situación política que ponga definitivamente en jaque a Inglaterra da a Holanda los beneficios del mar libre, sin que necesitemos para nada atacar su vieja y bien ganada libertad.

Los neutrales nos tratarán de conquistadores. No queremos serlo. Pero en el caso de Bélgica sólo es posible una cura radical, consistente en incorporar a este reino de hace un siglo a una vida económica grande y potente que pueda devolverle su salud interna y exterior.

He ahí el fin de la guerra en cuanto está determinado por razones económicas. Consiste en una base segura de una vida vigorosa que haga a los demás tolerable la convivencia con nosotros. Es la victoria del sano crecimiento de nuestra fuerza, por lo que no puede traducirse en la impotencia de la exageración.

Confraternidad hispano-alemana

POR AUGUST H. HOFER

DESDE los primeros tiempos de mi residencia en España, cuando, hace nueve años, vine a Barcelona para dirigir una conocida fundición tipográfica de esta querida ciudad, tuve, no sólo el firme propósito de desarrollar la industria a mis iniciativas confiada, sino que me propuse llevar a cabo un detenido estudio del país y de sus moradores, para formarme una idea concreta de qué manera podría ser útil a España que me acogía y a Alemania que me enviaba. Nunca he creído que mi misión hubiese de reducirse a actuar como mero industrial que se preocupa únicamente del lucro y del modo de acrecentar su negocio, como si en la vida no existiera otro ideal que el de atesorar dinero. Mi educación, el ejemplo de mis padres, toda la experiencia de mi vida industrial, social e intelectual, me vedaban ese vulgarísimo concepto del hombre de negocios.

Animado, pues, por ese deseo de ser útil, empecé a estudiar la situación del terreno donde mis actividades habrían de desarrollarse: las artes gráficas de España y sus rela-

ciones con el extranjero. No tardé mucho en darme cuenta de que la limitada extensión de las artes gráficas españolas, radicaba en el lamentable abandono en que se tenía a los colegios y escuelas particulares, en lo anticuado y falto de desarrollo de su sistema de enseñanza, todo lo cual aportaba como consecuencia efectiva una lentitud desesperante en la reducción del analfabetismo.

Para remediar este defecto deplorable, en aquello que estuviera al alcance de mi mano, puse mi atención en las escuelas profesionales de las artes gráficas en España, fijándome especialmente, como es lógico, en la única escuela verdad que existe en toda la península, esto es, en la escuela del conocido Instituto Catalán de las Artes del Libro, establecida en Barcelona, dedicando premios, organizando concursos, fundando un anuario tipográfico e incitando a los autores del ramo, para que contribuyeran con su pluma a una más amplia educación de los jóvenes discípulos de Gutenberg.

Ofrecíme luego, cuando surgió la idea de celebrar un Congreso de las Artes Gráficas españolas en Barcelona, en el año 1910, para su organización, y aunque encuentro poco lo que hice, grato me fué en su tiempo haber contribuido en algo al mayor lucimiento del Congreso. De éste justamente salió la idea de crear la Federación Nacional de las Artes del Libro, que también fué llevada a cabo felizmente y a cuyo éxito cooperé con entusiasmo, aunque no tan abiertamente como yo deseaba, porque mi condición de extranjero me imponía cierta reserva, a fin de no herir susceptibilidades y para quitar todo amago de sospecha de proyectos egoístas por mi parte. Aun hoy la vida próspera de la Federación Nacional de las Artes del Libro, encuentra muchas dificultades, basadas unas en la mala interpretación de la libertad individual, fundamentadas otras en la labor de instituciones anteriores, de carácter local o provincial.

La idea del altruismo y del trabajo común para el bien de todos, todavía no está arraigada como en otros países, pero esto es un defecto que se observa en todas partes de España y que se puede remediar únicamente en conjunto, agrupando las fuerzas vivas del país.

Hace poco tuve ocasión de prestar un servicio, aunque modesto, a la participación de España en la Exposición Internacional de Artes Gráficas y de la Industria del Libro, en Leipzig, 1914, de cuya participación me fué confiada la presidencia del comité organizador.

España tomó parte en la Exposición, y aun cuando no es posible comparar ciertas ramas de la industria del libro en España con las de otros países, el jurado internacional de aquel certamen, otorgando premios a las casas españolas, ha dado fe de que España, gracias a los expositores — que no vacilaron en sacrificar tiempo y dinero para mandar a «Atenas de la Pleisse» sus mejores obras — estuvo dignamente representada.

Sin embargo, queda mucho, muchísimo, por hacer. Es preciso no desamparar a las escuelas profesionales gráficas que merecen la plena atención, el apoyo material del Gobierno, de las Diputaciones provinciales y de los Ayuntamientos, porque el porvenir es para la juventud y, examinando el problema con gran alteza de miras, para la juventud trabajamos.

Una Liga o Unión general de la prensa española, como por ejemplo en Alemania, Inglaterra, para la defensa de sus intereses, no existe. Los editores luchan de año en año, con la dificultad del papel para poder desarrollar en las necesarias condiciones de economía su negocio. Por otra parte, casi todo lo que se refiera a la exportación de productos de España a Alemania está por organizar. Frutas, vinos, aceite, minerales, aguas medicinales, permiten un desarrollo grandísimo de la exportación española a Alemania y Austria-Hungría... Pero, ¿dónde están las fuerzas vivas que se dedican a la organización de una Liga de fomento para la exportación de productos agrícolas a los países alemán y austriaco? Tengo la convicción de que una «Liga hispano-alemana para el fomento de sus relaciones económicas» (Deutsch-Spanischer Wirtschaftsverband) sería un verdadero centro de con-

fraternidad hispano-alemana. ¿Por qué no existe todavía una Cámara de Comercio española en Berlín, mientras existen ya tales cámaras en Londres y París? Igualmente sería provechoso para ambas naciones una Cámara de Comercio alemana en Barcelona, porque dada la, relativamente poca, extensión de la industria y comercio españoles, esta Cámara podría facilitar a los importadores y compradores españoles de artículos alemanes, valiosos servicios e indicaciones que de otro modo, es decir, por informaciones particulares, difícilmente se pueden conseguir.

Si por estos motivos los buenos patriotas de ambos países establecieran corrientes para lograr en provecho mútuo, una unión más estrecha de sus relaciones intelectuales y económicas, se habría dado un gran paso en beneficio de unos y otros. Recuérdese la incomunicación absoluta de la prensa española con Alemania, cuando empezó la actual guerra mundial. Los grandes diarios de Madrid y de Barcelona intentaron vanamente entrar en comunicación directa con los centros informativos de Berlín y Viena.

Gracias al Servicio Alemán de Informaciones en Barcelona, que se organizó en vista de la campaña difamatoria que iniciaron las agencias Havas y Reuter, las cuales desde hace tiempo venían siendo dueñas de la información internacional de los diarios españoles, obtúvose el establecimiento de una comunicación directa, aunque particular, conteniendo así la ola de ciénago que al amparo del telégrafo invadía las columnas de los periódicos. Contribuyeron a esta obra, unos cuantos amigos españoles que estimaron indigno para España que su prensa fuese tributaria de unas agencias extranjeras en provecho del bolsillo de éstas y de su política egoísta y parcial.

Creo que este asunto es digno de un estudio detenido por parte de la prensa española, necesitada realmente de una agencia nacional e «independiente», de informaciones, que no existe todavía.

Más, mucho más puede decirse de confraternidad hispano-alemana, pero la ejecución de lo someramente apuntado, bastaría a producirle a España beneficios incontables.

China y Japón

POR EL DR. FRITZ WERTHEIMER

Al estallar la guerra europea existía en Alemania un cierto entusiasmo por el Japón, porque noticias de Viena hablaban de supuestas negociaciones entre las potencias centrales y el embajador japonés, y porque se esperaba, en general, que la enemistad natural entre el Japón y Rusia inclinase al primero del lado de Austria y Alemania. La simpatía se tradujo de repente en lo contrario al conocerse el ultimatum japonés a Alemania y, sobre todo, el tono de ese documento diplomático, que sonaba a inaudita descompostura del discípulo contra el benévolo maestro. De pronto fué el Japón en la conciencia del alemán un ladrón hipócrita, un salteador de caminos. Lo mismo aquel injustificado entusiasmo que su reacción subsiguiente sólo son posibles porque el desarrollo de la política en el E. del Asia ha pasado casi por completo desapercibido en Alemania; porque, desde el día en que el Príncipe de Bülow declaró en la Dieta del Imperio que «la Manchuria no nos interesa» hasta los tiempos más recientes, nuestra diplomacia no se ha cansado de afirmar que no teníamos en Oriente intereses políticos, sino sólo político-comerciales. Esto apartó el interés público del problema.

Por más de una década hemos tenido los ojos cerrados a la labor sistemática realizada en el Japón por los ingleses contra Alemania. Nuestra desgraciada intervención en la paz

de Schimonoseki hubiera podido olvidarse en el Japón una vez la victoriosa campaña contra Rusia hubo reportado el doble y el triple de lo que entonces se perdió. Entre los militares y los hombres de ciencia habíase conquistado, incluso Alemania, un cierto cariño y respeto. Pero la paciente labor periodística de agitación contra nosotros, que constituía el mejor punto de apoyo de la diplomacia inglesa, no cesaba. Contra ella estábamos nosotros, salvo durante la breve gestión del hábil embajador von Mumm, diplomáticamente pasivos y mal representados. Contemplábamos como Inglaterra se esforzaba por salvar la separación natural entre el Japón y Rusia; como, a consecuencia de esta aproximación a Rusia, se creaban lazos de índole financiera entre el Japón y Francia, y como en la política china, y sobre todo en la cuestión financiera de este país, se consolidaba una unión entre la Triple Entente y el Japón que había de resultarnos peligrosa algún día. Si se preveía entre nosotros la posibilidad de un pleito armado con la Entente, había que contarse también, en vista de los acontecimientos de los últimos años, con una actitud hostil por parte del Japón. A ello hay que añadir que el Japón tiene en el continente chino intereses esenciales, lo mismo financieros que políticos, que coinciden en gran parte con los de la Entente de debilitar al Imperio para arrancarle territorios (Francia, Yunnan; Rusia, Mongolia; Inglaterra, el Tibet y el valle de Yangtse).

Por eso no sorprendió, a los que habían seguido este desarrollo de los acontecimientos, el que el Japón se pusiera desde el primer momento de la guerra de parte de los aliados. Al principio una parte de la opinión japonesa se opuso a la intervención, por razones morales tratándose de hombres de ciencia y de individuos del ejército, y por razones militares tratándose de algunas gentes inteligentes y documentadas que apreciaban mejor que la masa la fuerza de Alemania en comparación con la de Inglaterra. Sus advertencias no fueron oídas porque el gobierno estaba demasiado bajo la presión de Inglaterra. Esa Inglaterra había atraído diez años antes al Japón a una guerra con Rusia porque quería librarse ella de la presión de este país en el Asia central y porque le convenía que se debilitara algo el Imperio del Micado que tan rápidamente prosperaba. Con la sorprendente victoria del Japón quedaba realizado este doble fin: Rusia quedaba rechazada por años y el Japón, al que Inglaterra no ayudó en tiempo de paz a obtener la necesaria indemnización de guerra, quedaba debilitado económicamente, hasta el punto de estar en duda la posibilidad de que siguiera progresando. Inglaterra tenía lo que necesitaba: el Japón dependía por completo de la bolsa de Londres, y sólo podía aumentar su ejército y su marina mientras pluguiera a la Gran Bretaña. Al mismo tiempo tenía Inglaterra en el Japón una aliada fácilmente manejable por el cable financiero, que le guardaba los mares de Oriente, mientras ella, durante los años de tensión con Alemania, podía guardar sus buques en casa. Cuando la guerra estalló e Inglaterra se propuso como fin de la misma destruir en sus raíces el comercio universal de Alemania, sirvióse también del pequeño Nipón. Una gran parte de dicho comercio y, sobre todo, la mayor esperanza de Alemania para el porvenir, estaba en China, en donde la influencia alemana crecía sin cesar en los últimos años, y Tsingtau constituía el centro de su labor comercial y cultural. Inglaterra no podía destruir por sí sola esa parte del dominio universal de Alemania y llamó en su ayuda a ese auxiliar, ofreciendo a sus ojos una seductora perspectiva en China. El Japón no respondió espontáneamente, sino que fué necesario asegurarle libertad de acción en todos los asuntos chinos y hacerle un regalo en dinero que cubriera los gastos aproximados de la guerra, para decidir a su gobierno a emprenderla. Sumóse a ello el que el ambicioso e hipócrita presidente del ministerio, Okuma, se encontraba en una posición difícil dentro del partido y en peligro de verse obligado a dimitir, por lo que hubo de recurrir al viejo remedio de salvar las dificultades interiores por medio de una guerra y ofrecer al pueblo el gran fin nacional de la expansión. Así se llegó a la guerra entre Alemania y el Japón y a la conquista de Tsingtau por éste. A los japoneses no se les escondía que esto no era un gran

heroísmo, y pronto empezaron a comprender que esa correría no había elevado su prestigio militar sino que lo había debilitado considerablemente.

De los ingleses no hay que hablar. Su fama ha sufrido en China, por la correría contra Tsingtau, un golpe durísimo, y el «Emden» y la escuadra de cruceros han hecho también lo suyo para mermarla. El prestigio de Alemania a los ojos de los chinos, a los que se quería aniquilar, aumentó inmensamente al verse que la Triple Entente, con todos los auxiliares, no podía acabar con ella. Por lo demás, Inglaterra fué tratada por su aliado el Japón en una forma que hasta entonces no había tolerado un inglés. Mientras los japoneses tomaban por asalto a Tsingtau, los marinos ingleses jugaban al football. Y hacían bien, pues si hubieran ofrecido su ayuda, el Japón no la hubiera admitido. Después de la conquista de Tsingtau, «tráspasó» el Japón a los ingleses, para que no se quedaran sin nada, dos oficiales y 100 hombres de entre los prisioneros de guerra alemanes para que los guardara en Hongkong. Fué un regalo por compasión. Y cuando el general Kamio, jefe de las fuerzas japonesas, negoció por primera vez con el gobernador de Tsingtau, Meyer-Waldeck, ni siquiera le presentó al general inglés Bernardiston que estaba presente. Declaró su admiración por la heroicidad de la guarnición alemana y manifestó, como antiguo discípulo del general alemán Meckel, su esperanza de que Alemania y el Japón no necesitarían cruzar nunca más las armas, y bebió una copa de champagne a la salud del caudillo alemán. El inglés presenció la conversación sin decir palabra y ni siquiera se le dió champagne. Kamio añadió: «He de comunicarle que por la gracia de mi Señor, esos caballeros pueden llevar en el Japón sus espadas.» El inglés se atrevió a añadir: «También yo tengo el honor de comunicarle que por gracia de mi Señor...» «¿Tiene usted orden escrita?», interpuso secamente Kamio. «Le doy veinticuatro horas de tiempo para telegrafiar a Londres; si hasta entonces no ha llegado la contestación, no puede usted poner su nombre en este protocolo.» Esto debió tolerar de su aliado un inglés orgulloso de su raza.

Ahora el Japón, obligado quizá por el fracaso moral de la correría de Tsingtau, ha dado un paso más y ha planteado el problema chino. Okuma siente crecer la oposición contra sí y quiere desviarla por medio de un fin realmente grande. El pueblo reconoce cada día más que el soberbio edificio inglés está carcomido y que se ha desconocido la importancia de Alemania. Con esta conciencia aumenta el respeto por las personas que han traído de Alemania la cultura y la ciencia y habían profetizado este desenlace. También crece el orgullo del ejército japonés de ser discípulo e imitador en el E. de Asia de la milicia alemana. Y surge el temor por lo que puede sucederle al país, económicamente débil, si Inglaterra es derrotada y por consiguiente la bolsa de Londres es incapaz durante años de satisfacer los deseos japoneses. Con ello quedaría sellado el destino del Japón si no podía lograr aproximarse al vencedor. Estas consideraciones influyen seguramente en el tratamiento altamente correcto de los prisioneros de guerra alemanes en el Japón, que, justo es confesarlo, están mucho mejor que los de Francia, Rusia o Inglaterra. Ellas juegan un gran papel en la oposición dirigida contra Okuma y en los esfuerzos de éste y los suyos para mantener las simpatías alemanas.

La opinión pública alemana, una vez están en claro los últimos pasos del Japón, puede tener la honradez de confesar que la correría japonesa en Tsingtau no fué más que una venganza interesada e hipócrita de Schimonoseti. No me he cansado de repetirlo: siempre habría sido fácil azuzar al Japón contra Tsingtau, lo mismo si hubiese sido francés que ruso que alemán, pues la posesión de Tsingtau y de Schantung combinada con la posesión del Sur de la Manchuria representan la facilidad de dominar el Norte de la China y de destruir la unidad y la coesión del celeste imperio y del poder del presidente Yuanschikai, lo cual, por mucho que nos contrarie, constituye el interés del Japón. A la conquista de Tsingtau ha seguido el segundo paso: la tentativa de someter a China económica y políticamente, en tanto que la guerra de occidente absorbe la atención de las potencias europeas.

El Japón se siente ahora señor del Oriente y cree deber aprovechar la ocasión. Aun no se conocen exactamente las pretensiones del Japón. Lo mismo él que China se guardan de hacerlas públicas. Sir E. Grey hace lo mismo por razones fácilmente adivinables. Y también Alemania, a pesar de que ha de poseer telegramas propios de Pekín y debiera estar trabajando activamente desde aquí. Nada más agradable para Inglaterra que el Japón se apodere de todos los derechos de Alemania en Tsingtau y Schantung, incluso las concesiones de minas y ferrocarriles, pues ello responde exactamente a sus fines guerreros; pero la reclamación de alargar el arrendamiento de Port-Arthur y de Liaotung en general resulta dolorosa a Rusia, que abraza aún vivos deseos de poseer el puerto no helado de Dalni. Y al pretender el Japón el *control* sobre las conocidas minas de carbón y de hierro del Hanjeping-Concern en el centro de Yangtse, amenazando las aspiraciones de Inglaterra en todo el valle de éste, le hace a esta última tan poca gracia como a Rusia sus demás pretensiones sobre el Sur de la Manchuria y el Este de la Mongolia. Grey dijo en la sesión de 18 de febrero en la Cámara de los Comunes, que no podía hacer manifestación alguna sobre las revelaciones confidenciales hechas por el Japón al Gobierno inglés, y que en lo tocante a los problemas del Extremo Oriente, las cuatro potencias estaban ligadas por el tratado anglo-japonés y por la alianza guerrera. Pero esto es una débil letra de cambio contra el porvenir; una fácil amenaza al Japón, advirtiéndole su dependencia económica de Europa, y de momento nada más. Los comerciantes ingleses se dan cuenta de la repugnancia del pueblo chino por las nuevas reclamaciones japonesas y por su instigadora Inglaterra. Pues no cabe duda en que la actitud del Japón y de Inglaterra ha introducido en la vida política china profundas alteraciones. Las antiguas simpatías de los chinos del Sur por la libertad inglesa y por el Japón que apoyaba sus planes revolucionarios, desaparecen rápidamente, y en su lugar renace, por la fuerza de las circunstancias, aquella idea de la patria inseparable que había sido ahogada por el particularismo de las provincias. Los chinos del Sur reconocen también como van orientadas las cosas y en donde están la salud y la salvación de China. El nuevo gobierno de Yuangschikai, desprovisto de todo sentimiento de venganza, ha pacificado en los últimos meses el país y ha favorecido el desarrollo del comercio y del tráfico. De pronto llegan los comunes enemigos, Inglaterra y el Japón, y quieren destruir esta paz y sustituir la libertad del yugo manchúrico obtenida en la guerra civil por la dependencia de la gracia del Japón. Contra este peligro se levanta en China todo el que abraza sentimientos patrióticos. Desgraciadamente los medios de defensa son pocos. Ni el ejército ni la flota están dispuestos para la lucha y no hay que pensar en obtener laureles contra el Japón. De declarársele la guerra por éste, a causa de la no aceptación de sus reclamaciones, habría que retirarse de la costa al interior, abandonar la costa a los japoneses y volver a la economía de abejas que existía primitivamente en China. Entonces podría el Japón ir desangrándose lentamente en su lucha contra China. Además, desde que el Japón ha hecho a China reclamaciones tan enormes, hemos de contar con un despertar de las pasiones en el país, dirigido inmediatamente contra los japoneses y mediatamente contra la Entente. Contemplemos con satisfacción este cambio de las simpatías chinas frente a Alemania y a la Entente. Pues ellas no evolucionan contra nosotros, sino contra nuestros enemigos.

Berlín, 1915.

Las Universidades Germánicas

POR EL DR. JOSÉ M.^a ROSELL

II

ALMA MATER Y ALMA CREANS

«Das Verhältnis der Lehrer und Schüler, ist das gemeinsamer Arbeit an der Wissenschaft. Der erstere ist nicht für die letzteren: beide sind für die Wissenschaft.»

HUMBOLD

LA relación entre el maestro y los discípulos es el trabajo común en la ciencia; el primero, no es para los últimos, ambos son para la ciencia». Estas palabras con que Humboldt encabezó los estatutos actuales en las Universidades prusianas, cuando fué llamado para su reforma, nos dicen la principal característica de ellas. Y continúa: «Las Universidades no han de ser sólo las expendedoras de la ciencia, sino que, para poderlo ser como les corresponde, han de ser simultáneamente sus principales productoras. El fin último, pues, de nuestras Universidades, es hacer ciencia; y como que para ello la independencia absoluta de investigación es ley, el Estado no puede mezclarse más que para facilitarnos los medios que a ello nos conduzcan.»

El espíritu de Humboldt es el de la Universidad germánica. Es ésta el *alma mater*, la madre que nutre de saber; pero es en igual grado la madre que lo produce, y es lo primero porque es lo último. La Universidad alemana es el establecimiento de la más alta enseñanza científica al mismo tiempo que el hogar donde se crea la ciencia, y esto último, no por incidencia o por carácter de raza, sino por obligación y además porque, por su constitución, su organización, sus bases y su fin, no puede ser otra cosa.

«El principio de las Universidades alemanas — escribe Paulsen, decano de la Facultad de Ciencias de Berlín en la *Verfassung der Universitäten* «Constitución de las Universidades» —, no es llenar las condiciones de algún programa ministerial para sacar hombres con carreras esquematizadas, o empleados para el Estado, sino, el de autonomía absoluta y libertad completa en el manejo de las ciencias y su enseñanza, sin reconocer predominio extrauniversitario de clase alguna.»

«Nuestras Universidades son instituciones que viven sólo por la ciencia y para ella: los profesores no son empleados del Estado para enseñar, sino individualidades absolutamente libres en sus modos de obrar, ante su doble misión de introducir a la juventud en una ciencia y asegurar el avance de ésta. La enseñanza no está ligada a un orden de estudios reglamentado, sino basada en el carácter y exigencias de la Ciencia. Su fin no es el equipo de los cerebros juveniles con armarios de conocimientos enciclopédicos, sino formación científica propia, educación y desenvolvimiento de sus potencias investigadoras y pensantes, para que pueda vivir sobre sí mismo en la ciencia; introducirle en ésta, haciéndole pasar por los caminos de su formación; pues la Universidad ha de garantizar tanto la enseñanza de la ciencia y su difusión, como asegurar su marcha y progreso, doble fin que solo puede afirmar enseñando y produciendo a la vez.»

Estas dos cualidades coexistentes y compenetradas, de maestra y productora: enseñar la ciencia produciéndola, es lo que principalmente distingue las Universidades alemanas de las demás.

El que las Universidades reunan *por obligación*, este doble carácter de enseñar las ciencias y producirlas, cosa que habría de parecer como atributo natural de todo lo que

se llama centro universitario, constituye realmente una de las características más exclusivas de las Universidades germánicas; y que al lado del carácter de raza y de la riqueza de que disfrutan, es lo que indudablemente más ha contribuido a colocarlas como únicas sobre todas las demás del mundo, con una superioridad tan absoluta, clara e indiscutible, que sólo habiéndolo visto es posible llegar a formarse el concepto cabal de ello. Todas las demás naciones (excepto quizá las muy contadas de las latinas, que aun parecen en gran parte dormidas en el antiguo espíritu francés, que ni tan sólo es el espíritu francés de hoy), han reconocido esta superioridad de las organizaciones de cultura de allende el Rhin. Italia primero, luego los Estados Unidos de América del Norte, Japón, los cultísimos Países Escandinavos, Rusia, muchos de Sud-América, etc., enviando sistemáticamente durante años y años, lo mejor de sus juventudes a apropiarse el espíritu y métodos teutones y llevando por igual sistema profesores alemanes a sus Universidades.

J. Lliard y P. Didon, que no son de los menos *chauvinistas* franceses, nos confiesan que Francia misma, debe a Alemania lo mejor que tiene de sus Universidades. Los reformadores franceses de los últimos veinte años, Lavissee, Breal Ribot, Marion, educados en Alemania, dieron a conocer en la Exposición Universal de París de 1900, el influjo extraordinario que la organización de la enseñanza en las Universidades francesas había recibido de Alemania; y no sería corta la lista que pudiéramos citar de otros escritores franceses de los últimos años, que hacen panegírico grande, de las organizaciones culturales germánicas, proponiéndolas como modelo a su país.

En el nuestro, que por desgracia, es de los en que más poco se ha conocido Alemania, tenemos también buenos apóstoles del progreso que se esfuerzan en hacer conocer lo que se podría aprender de la maestra de naciones, y entre los principales, el notabilísimo y hondo investigador de las culturas europeas, especialmente de la germánica, el catedrático de filosofía, Eloy Luis André, que sobre todo en su última grande obra «La mentalidad Alemana», ha elevado un monumento de estudio sobre el germanismo.

* * *

La Universidad no ha de tener sólo por objeto que el maestro diga al discípulo en discursos diarios lo que él sabe, sino que, naturalmente, lo importante es educar al individuo para que sepa hacer y haga por sí mismo, y pueda continuar perfeccionándolo mañana, aquello que hoy le enseñan y otros supieron hacer. Esto, es evidente, en la enseñanza de las ciencias, es lo único que tiene valor permanente y lo que las redime del estacionamiento en que quedarían sumidas por el solo sistema de la trasmisión verbal de lo que ya se sabe. El procedimiento de que unos privadamente y con pobres elementos, trabajen investigando y así creen ciencia y otros que la hayan aprendido de oídas la expliquen, es a ojos vistos de utilidad casi nula, ni como enseñanza, ni para el progreso. ¿Qué sería de las ciencias positivas y artes mecánicas, si no hubiera habido naciones que por inclinación u obligación se hubieran impuesto el *deber nacional* de ir las creando, enseñando al mismo tiempo cómo se crean? Hubo en tiempos antiguos un Volta, un Galvani, un Davi, algún químico o fisiólogo, o naturalista, que por amor al arte y sin más medios que el heroísmo de sus pobreza, proporcionaba con su constancia o por casualidad, alguno que otro horizonte a las ciencias; pero así fué como éstas, de siglo en siglo, desde los tiempos remotos de la especulación pura, casi no se vieron más que reducidas a ir esperando la llegada de su edad de oro, en los últimos tres siglos, en que la humanidad, con los mismos cerebros que antes, pero indudablemente mejor inspirados, entró en el verdadero derrotero de aquéllas.

¿Cómo se desarrolló la edad de las ciencias? Creo se puede afirmar, apoyándose sólo en los hechos bien demostrables, que su evolución y progreso ha sido paralelo al desarrollo de los Institutos Científicos de las Universidades germánicas, hasta su organización actual.

Todas las naciones europeas tomaron parte en el despertar, o mejor dicho, nacimiento científico, y de las que más en sus primeros albores, Francia, con muy grandes genios, que aisladamente abrieron horizontes y fijaron bases de valor imperecedero; pero la grande obra de la creación de los edificios que se llaman medicina, ciencias químicas, físicas, filosóficas, filológicas, económicas, etc, en sus aspectos actuales, no podía ser obra de iniciativas privadas, sino sólo de iniciativas nacionales; y la historia reconocerá a Alemania, como la nación primera, que hizo asunto de estado y nacional la organización del estudio e investigación sistemáticos.

Ella impuso a las Universidades, junto a su misión de enseñar, *el deber de producir*, y como idea la más fecunda que jamás para el porvenir de las ciencias haya nacido, la de que se haya de producir donde se enseña y enseñando donde se produce, dotando los centros universitarios de los grandes elementos y de libertad para el trabajo, que vimos en el pasado artículo y veremos también más adelante.

Y precisamente porque los que trabajan, los que investigan, los que crean y forman la ciencia, son los que la enseñan, haciendo participar además en el trabajo de investigación original al estudiante, constituyen las Universidades alemanas, además de establecimientos de enseñanza, establecimientos de producción, y por su cometido de educadoras científicas, el verdadero plantel de investigadores futuros.

El factor que decide de esta naturaleza envidiable de la Universidad alemana, hay que buscarle, más que en cualquier otra circunstancia, en su sistema de procurarse sus fuerzas docentes. La Universidad elige sus profesores, si bien el Estado sanciona la elección de los profesores de número u ordinarios. De los 317 profesores de medicina, por ejemplo, que han recibido la cátedra numeraria u ordinaria desde 1882 a 1909, 19 fueron nombrados por el Estado sin previa elección de la Universidad; los demás se los eligió cada Universidad. La Universidad, antes de elegir un profesor, le tiene años y años en observación y a veces a prueba: no se confía el alto destino de formador de la juventud universitaria al que mejor se luce en un torneo de habilidad oratoria de unas horas, en una lucha de erudición o de influencia.

El fruto que para una ciencia especial ha reportado un investigador o su capacidad investigadora, o la aptitud científica demostrada en sus trabajos y producciones, es la condición casi única que decide para ser llamado como profesor a una Universidad alemana, o para que ésta le conceda la *venia legendi* como *privat-docent* (profesor agregado). Lo primero que, incluso el pueblo, se pregunta al ser nombrado un nuevo profesor es: «¿Qué ha producido? ¿Qué ha descubierto? ¿Cuáles son sus obras?» (no las de texto, pues esas, por fortuna para ellos, no las conocen los alemanes). Y cuando se habla de algún descubrimiento u obra importante de un investigador, sigue la pregunta: «¿De qué Universidad es profesor?»

Tan compenetradas están las ideas de profesor e investigador, que las palabras profesor y *forscher* (investigador) se usan como sinónimas. Un hecho llama en Alemania la atención a un latino, y es la falta de epítetos altisonantes, de: sabio, muy sabio, insigne, talentazo, preclaro y otros adjetivos, que en Alemania apenas ni la prensa conoce hablando de un profesor, por más que lo merezca. Se considera como una cosa natural, que un profesor sea sabio, y que un investigador descubra y produzca, ya que saben que aquello es su obligación y oficio.

* * *

El principio de que las primeras condiciones para ser maestro de la ciencia es estar activo en ella, se encuentra en Alemania establecido desde antiguo y se ha ido reforzando en cada nueva reforma universitaria. Al fundarse la Universidad de Berlín, escribieron Fichte y Schleiermacher: *Wer in den gelehrten Berufe*

eintreten will, ander sei die Forderung zu stellen, das er nicht bloss das vorhandene Wissen gelernt hat, sondern dass, er ander Wissenschaft selbstätig hervorbringt: «a quien quiera entrar en la actividad de profesor, hay que exigirle, no que sólo haya aprendido el saber ya existente, sino que él mismo produzca individualmente en la ciencia». Y continúa diciendo: «el sitio de esta nueva producción de la ciencia entre la nueva y la vieja generación, ha de ser la Universidad; y por eso el profesor ha de ser trabajador investigador mientras enseña, para que junto con la enseñanza perpetúe el método y espíritu científico». Ya hemos visto cómo empezó Humboldt las bases para la reforma de la Universidad a mediados del siglo pasado; y, por último, hace pocos años en la actual *Verfassung*, escribió Friedrich Paulsen, decano de la Facultad de Ciencias y antes Rector de la Universidad de Berlín: «Para enseñar la ciencia sólo sirve el que por sí mismo está actualmente productivo en ella».

Por todo esto se ve como es siempre este pensamiento la piedra angular sobre que se basa el edificio universitario germánico.

Cuando a una Facultad le falta una fuerza docente, el Claustro pasa revista de todos los investigadores de la nación sobre la materia de que se trata, y en estando de acuerdo sobre quien más *potencia científica propia* reúne, a ese se le propone la silla. Muchas veces es el profesor de otra Universidad de inferior categoría; otras a un *privat-docent* que se ha acreditado; otras a un investigador privado o a un experimentador de un hospital o provincia, o a un ingeniero de una fábrica de química, que con sus producciones ha demostrado su valía. Al morir el profesor Bergmann, en Berlín, se llamó a Bier, de Bonn; para suceder a Von Leyden se propuso la silla a Müller, de Munich, luego a Krehl, de Heidelberg, que no aceptaron, y en tercer lugar a His, de Basilea, que es el que la ocupó. Koch era un simple médico de partido cuando hizo sus trabajos sobre la infección de las heridas y fué llamado al profesorado, y no pocas veces se llama a extranjeros. Una cátedra de Físico-Química del Instituto de Química de la Universidad de Berlín, la desempeña Vant'Hoff, holandés, el creador de la Físico-Química. A Kocher, de Berna, le ofreció la Facultad de Medicina de Berlín 60,000 marcos anuales para una cátedra de Cirugía, que no aceptó. Muchos profesores de Universidades alemanas son austriacos. El de literatura española en el Instituto Orientalista de la Universidad de Berlín es el filólogo español, de Mugica. Un australiano explica ictiografía del Mar de las Indias en Jena; una porción de japoneses eran profesores de cosas relativas a su tierra, filosofía, lenguaje, etc.

Todos, antes de entrar en la Universidad, han tenido que demostrar durante años de producción y trabajo, no sólo la posesión de una ciencia, sino su capacidad productora y hábito de trabajador en ella. Pásese la vista por el *Lexicón bibliográfico* de las Universidades de Kukulá, y se verá que por regla general se necesita más de media página para consignar los trabajos de investigación que cada profesor ha hecho, y no se encontrará uno, en muchos centenares, que no haya producido mucho original, no en escritos, sino en trabajos de investigación. Por esto es una verdad que en Alemania sólo los hombres de ciencia son profesores y todos los profesores son, inevitablemente, hombres de ciencia.

La universidad alemana garantiza por este sistema, tanto la actividad productora como el saber del educando, poniendo en condiciones para trabajar y encargándole al mismo tiempo del papel de educador y maestro, sólo al que sabe y *produce saber*; y así la juventud alemana se forma y crece al lado de los grandes hombres de la nación con gran ventaja para unos y otros. En casi todas las naciones no germánicas, los grandes hombres han sido por lo general sabios privados, que sólo por sus obras y producciones han vivido en contacto y relación con sus contemporáneos. Tales hombres en Alemania no hubieran podido permanecer aislados, se les hubiera arrastrado a las Universidades. Todos sabemos que en Francia los grandes sabios pertenecen a la *Académie*, al *Institut de France*; son tal vez también miembros del *Collège de France*,

o de la *Sorbone*, y como tales, dan algunas conferencias públicas; pero no son como los profesores alemanes, los maestros y compañeros diarios de la juventud universitaria, y en Francia, por tanto, no se acostumbra a considerar a los profesores como hombres productores de la ciencia. Son aquellos empleados del Estado que con sus exámenes u oposiciones conquistaron el derecho y empleo de enseñar.

El conocido reformador francés M. Breal, en sus «Excursiones pedagógicas» dice: «Sólo en Alemania son los discípulos, discípulos personales de los sabios; en Francia no se es fácilmente discípulo; se es alumno de la Escuela Normal, de l'Ecole polytechnique; mientras que en Alemania el estudiante ha sido discípulo de Hegel, de Hermann, etc.»

Ferdinand Goth, en su obra *«L'enseignement supérieur en France, ce qu'il est et ce qu'il devrait être»*, pintando los perjuicios que tiene para la enseñanza el sistema de formar los profesores por oposiciones, dice que instintivamente se han de apartar de ellas los grandes hombres. Rousselet, en el número 37 del *Enseignement supérieur libre*, hablando de las Universidades alemanas en el sentido de las grandes ventajas que proporciona a la juventud el contacto con los investigadores, escribe: «Il n'est pas un français qui n'envie à ses voisins leur administration publique, celle de leurs chemins de fer, de leurs postes, etc.; mais que dire de leurs Universités. Je ne crois me tromper en affirmant que c'est à elles que l'Allemagne doit la suprématie dans le monde, parce que c'est dans les Universités allemandes qu'on porte à la jeunesse qui deviendra la tête du pays, en la faisant vivre avec des vrais savants, dans l'initiation des procédés scientifiques qui nous conduisent en toutes les branches du savoir à la découverte de la vérité».

Podría objetarse que este sistema de llamar para maestros a los hombres que viven engolfados en el trabajo científico, puede traer fuerzas de valía para investigadores, pero que no sirvan para enseñar, como educadores. Si las ciencias hubieran de enseñarse con peroraciones desde la tribuna de un aula, como sucede aún en algunos países, podría ser de valor esta objeción; pero para la educación positiva de una juventud en todos los terrenos científicos, y sobre todo de una juventud universitaria que ha entrado en el tercer decenio de su vida, (en Alemania no se permite el ingreso en las Universidades sin haber cumplido los veinte años y llevar aprobados los nueve de preparación sólida del Gimnasio), será indudablemente el gran maestro en cada materia, quien la posea como miembro obligadamente activo en ella. Además, los resultados parecen sancionar bien patentemente la prioridad de este procedimiento.

Fragmentos de Historia

BÉLGICA INVADIDA POR FRANCIA EN 1792 Y 1794

POR FEDERICO HERNÁNDEZ ALEJANDRO

EL despotismo de Felipe II y la crueldad del duque de Alba; los fallos arbitrarios y cruentos del *Conseil des troubles* y las ejecuciones capitales de Felipe de Montmorency y de Lamorald de Egmont; el bandalismo de los soldados castellanos y la intolerancia religiosa; el pillaje y la devastación; los suplicios y la muerte prodigados por los españoles en la segunda mitad del siglo XVI en Flandes y en Brabante, todo eso se ha dicho y se ha escrito por Lanario y Grocio, por Eremundus y van Beschryvingo, publicándose de manera gráfica en las estampas apasionadamente antihispánicas de Hogenberg, en lo antiguo, y por Stern, Lothrop-Motley Guizot y Forneron, modernamente. Pocos extranjeros se han acordado de otorgar en justicia el elogio que merecen la bondad

de Margarita de Austria, la humana y clemente política que siguió Luis de Requesens, la de atracción y transigencia del ínclito hijo del César Carlos V y de Bárbara Blomberg, la brillante y victoriosa empresa que en sus luchas mantuvo el caudillo eximio Alejandro Farnesio, y el civilizador y cultísimo gobierno de los archiduques Alberto e Isabel. Todo ha sido para España impostura y ultraje. La guerra en los Países Bajos fué, según los irreconciliables enemigos de nuestra patria, guerra implacable y de exterminio; las turbas militares, ebrias y feroces, saqueaban Gante y Amberes, incendiaban, destruían, atormentaban, esparcían por doquiera el terror... Eso proclamaron libelistas holandeses, cronistas que enaltecieron los crímenes de los iconoclastas, las plumas que loaron las venganzas de los *gueux*, sin haber querido leer lo que en contrario narran en sus obras Bernardino Mendoza y Famiano Estrada, Carlos Coloma y Manuel Sueyro.

A España, en aquella heroica pugna que tuvo una duración de cerca de cincuenta años, de todo se la acusa: las violencias más inconcebibles, las sevicias más tiránicas, el salvajismo más execrable, la intransigencia más absoluta; la depredación y la ruina, el libertinaje y la opresión, el aniquilamiento de un próspero y pacífico pueblo, fué obra de España, de la España inquisitorial, fanática y déspota.

Muchos mencionan, en odio a nuestra patria, la, con gran injusticia, llamada *furie espagnole*; pocos, muy pocos quieren recordar el espantoso bombardeo e incendio de Bruselas, en 1695, por los proyectiles franceses del duque de Villeroi, uno de los predilectos mariscales de aquel soberbio monarca que dió su nombre a un siglo. A los generales de Luis XIV, porque se llamaron Condé y Turenna y Crequi, todo, hasta las mayores devastaciones e iniquidades, les está perdonado; nada, ni los más abnegados actos, ni la más noble conducta en la guerra, se elogian, si ese proceder fué observado por los Alvarez de Toledo, por los Farnesio, por los Osorio, por los Mondragon, por los Espínola, solamente porque éstos eran generales y valerosos caudillos de los intrépidos tercios de la aborrecida España.

En cambio, Francia, la Francia republicana que triunfa en Yemmapes con Dumuriez, y recorre luego Bélgica talándola, asolándola, apoderándose de Mons, de Tournai, de Bruselas, cañoneando Lieja, tomando Amberes y rindiendo a Namur; en cambio, Francia, que en 8 de *messidor* del año II (26 de junio de 1794) logra, gracias a Jourdan y a Lefebvre, la victoria de Fleurus, y después Ostende y Lovaina y Nieuport son víctimas de los ataques de Pichegru, de Kléber y de Moreau; y todos, todos los horrores de la guerra, como en la primera invasión, en esa segunda, que termina por el Tratado de Campo-Formio, confirmando la cesión de las provincias belgas a Francia, todos esos horrores se consumaron con pavorosa realidad; en cambio, insistimos, la Francia de 1792 y 1794, no recibe un reproche.

La Convención, que proclamaba como principios eternos la libertad, la igualdad y la fraternidad, excluye a los nobles y a los burgueses de la administración pública, atendiendo de ese modo a la independencia del país y provocando la protesta de los diputados del Hainaut. El terror se extiende por Bruselas; el clero es obligado a bendecir en Santa Gudula la bandera roja; es vejado, es escarnecido, como se prueba irrefutablemente en el libro de Agustín Thys *La persecution religieuse en Belgique sous le Directoire executif*. Con los comisarios que la República había enviado a Bélgica, cayó sobre ésta, como dice Luis Hymans, una nube de miserables, el fango y la espuma de los bajos fondos parisienses, verdaderas aves de rapiña, entre ellos algunos expresidarios encargados de civilizar aquel pueblo. La lista de infamias cometidas por aquellos malvados, bajo la protección de los tales comisarios y representantes, avaros y tiránicos procónsules, llenarían un volumen. Bruselas, en la que Pichegru entró el 9 de julio de 1794, fué víctima de una requisición militar, y conforme escribieran Luis Delplace y otros historiadores de la dominación francesa en Bélgica, fué compelida aquélla a pagar cinco millones de libras en numerario,

dentro del plazo de veinticuatro horas, bajo la amenaza de ser encarcelados los magistrados de la ciudad; y como no pudieran reunirse en tan corto tiempo más que quinientos mil francos, el comisario Laurent hizo arrestar a ciento cincuenta y dos notables vecinos, que permanecieron presos durante dos meses, hasta el completo pago de la suma exigida.

El total de las contribuciones militares, de acuerdo con lo afirmado por un sabio profesor de Historia en el Museo Real de la Industria, de Bruselas, fué de ochenta millones, repartidos, entre otras muchas poblaciones: a Amberes, diez millones; a Namur, cinco millones; a Gante, siete millones; a Courtrai, tres millones; a Brujas, cuatro millones, llevándose a París todo el dinero así recaudado.

A las contribuciones se unieron las requisiciones militares; y en un solo día, se pidieron trescientos mil pares de zapatos; en otro, cuatrocientas mil anas de tela fina. En Namur, el burgomaestre recibió la orden de entregar en el término de veinticuatro horas, veinticinco mil libras de pan, cuatro mil sacos de granos y todos los forrajes que hubiera en la población; los ganados, los caballos, el jabón, el alquitrán, el papel, el azúcar, los hierros, el aguardiente, el aceite... todo fué requisado, pagándolo a la par en asignados, cuando éstos no tenían otro valor que el del cuarenta por ciento. Así que el municipio de Bruselas escribió, en 4 de marzo de 1796, a los invasores: *Mangerons-nous des assignats quand nous n'aurons plus de pain?*

Reducida Bruselas en el año VII (1798-99) a ser mera capital del departamento del Dyle, la ciudad favorita de los duques de Borgoña, la suntuosa corte de Margarita de Parma y la Atenas de los Archiduques, no contaba, como dicen Henne y Wauters, más de sesenta y dos mil habitantes, y ese notable decrecimiento de población atestiguaba las considerables pérdidas que había sufrido: sus ricos almacenes y lujosas tiendas, estaban cerrados; sus industrias, muertas; su inmenso comercio había desaparecido.

La conscripción, el servicio militar obligatorio en favor de Francia, promovió en campos y ciudades, en villas y aldeas, una sublevación general. «La invasión francesa, dice H. G. Moke, en *Belgique monumentale et historique*, pasando el nivel sobre todas las instituciones de nuestros padres, derriba también los monumentos alzados por su gratitud, y la estatua de Carlos de Lorena, arrojada de su base, desapareció en los hornos donde la República fundía sus cañones. No describiremos aquí los ultrajes y las profanaciones de esta época. Durante ella, no se elevó ningún monumento. No solamente los procónsules de la Revolución, sino también los prefectos del Imperio, se limitaron en su ambición a sacar provecho de todo lo que a Bélgica había legado la soberanía austriaca. Las destrucciones fueron numerosas; los trabajos, mezquinos o incompletos; las nuevas contribuciones, nulas».

La terminación del siglo XVIII y los comienzos del XIX fueron, según escribe Max Rooses, épocas nefastas para Bélgica. El país fué conquistado por los ejércitos de la República, siendo anexionado a Francia hasta 1815. Aquella, no solamente perdió lo que había conservado de autonomía bajo el régimen austriaco, sino que, además, el bienestar relativo de que gozaba fué completamente aniquilado durante los turbulentos años de la República. No había que soñar entonces en la construcción de monumentos públicos; y los particulares estaban demasiado sacrificados para hacer dispendios de mero lujo.

Escritores franceses, tales como Lanzac de Laborie, en su obra *La domination française en Belgique — Directoire — Consulat — Empire*, y en la suya *Les Français en Belgique. — 1795-1815*, Geoffroy de Grandmaison, confiesan la exactitud de las violencias y de los actos de insaciable concupiscencia perpetrados en aquel infortunado país por los soldados de *l'armée de Sambre-et-Meuse*, primero, y por los de *l'armée du Nord*, después, a la vez que por los comisarios de la Convención y los representantes del Directorio.

Pero más elocuentes — con serlo mucho — que las páginas escritas por Teodoro Juste, por I. Nameche, por Delhaize, por Galesloot, por Eugenio Cruylans, por Adolfo Bergnet

y por José Samyn, más, mucho más lo son, para dar idea perfecta de los hechos realizados en Bélgica durante las dos invasiones francesas en las postrimerías de la décima octava centuria, los datos que se consignan en una parte del *Etat des objets d'arts envoyés aux divers musées français et conquis par les armées de la République pendant la guerre de la liberté*; «Estado» que publicó en París «l'an VII de la République», el general Pommereul, divisionario durante las guerras de Flandes, Consejero de Estado y Director de la Librería en tiempo del primer imperio napoleónico. En ese «Estado» se dice que se ha hecho en Bélgica *une nouvelle moisson au profit des beaux-arts*, que los comisarios enviarán *en nouveaux convois* y que el Louvre, el *Musée des antiques* y el de la República, entonces recién creados, especialmente el primero, por los decretos de la Convención de 26 de mayo y 26 de agosto de 1791, se enriquecerán con abundantes nuevas maravillas.

París, conforme consta en ese documento, que contiene datos de una autenticidad y exactitud irrefragables, recibió de Bélgica, despojada de ellos por el derecho de conquista y arrancados de los muros de sus catedrales, de sus monasterios, de sus iglesias, de sus *hôtel de ville* y de sus hospitales, los siguientes admirables.

CUADROS:

De PEDRO PABLO RUBENS, del pintor soberano, egregio, de magnificencia y belleza insuperables, del glorioso e inmortal artista, setenta y dos, entre ellos, el portentoso «La adoración de los Reyes» y los preciadísimos «La Cena» y «San Roque en oración», procedentes aquéllos de Amberes, Malinas, Alost, Gante, abadía de Efflinghem, Bruselas y Lierre;

De ANTONIO VAN DYCK, del retratista sin rival, del que mejor, con más verdad y fineza pintó el humano modelo, catorce, todos ellos muy notables, singularmente «San Agustín en éxtasis» y «La adoración de los pastores»; cuadros que habían figurado en los templos y en los conventos de Amberes, de Malinas y de Termonde;

De SANTIAGO JORDAENS, del más castizo e irreductible de los pintores flamencos, siete, de los que mencionaremos «El descanso en Egipto» y «La Natividad», sacados de Lieja, Amberes, Lierre y Malinas;

De GASPAR DE CRAYER, del artista de pincel facilísimo y brillante, diez, entre los que señalaremos como magistrales «San Elías y San Antonio en el desierto», «El Nacimiento de Jesús» y «Santa Ana instruyendo a la Virgen», procedentes de Brujas, Bleidenberg, Bruselas y Malinas;

De ARTUS QUELLIN, cuatro, de las iglesias de San Agustín, de Lieja, y de Santa Catalina, de Malinas;

De QUINTÍN METSYS, el ilustre hijo de Lovaina, dos;

De FRANCISCO VRIENT, conocido por Floirs, tres, provenientes de la cartuja de Lieja y de la catedral de Amberes;

De FLAEMEL, todos sacados de las iglesias de Lieja, ocho;

De OTTO VAN VEEN O VAENIUS, uno de los más eminentes artistas de Leiden, maestro de Rubens, pintor de emperadores, de electores y de príncipes, tres, de los que recordaremos el valiosísimo que estuvo en la catedral de Gante, «Resurrección de Lázaro».

De Snayers, uno; otro, de Pedro Pourbus; cinco, de Gerardo Lairesse; dos, de Coxie; uno, «La disputa del Santo Sacramento», procedente de San Bavon, de los hermanos Huberto y Juan van Eyck, dos de los eximios «Primitivos flamencos»; uno, de Backer, y varios más de Doussset y Fisen, de Carlier y Boyermann, de Damery y Sallaert; en pocas

palabras, un espléndido tesoro del arte pictórico flamenco y holandés, un inmenso acervo de preciosidades y riquezas de Bélgica; y no sólo las obras más radiantes y encantadoras creadas al conjuro de las paletas de los pintores de la clásica «Antwerpen» y del viejo Leiden, de la elegante Bruselas y de la religiosa «Mechelen», fueron trasladadas a París, sino que a éste se enviaron también, para hermosear y engrandecer su museo de Historia Natural, verdaderos tesoros de plantas y herbarios, de gemas, minerales y fósiles.

¿Será cierto lo que se lee en una voluminosa obra francesa? ¿Será cierto que las victorias de Francia proveyeron al Louvre de innumerables joyas de arte, tesoros a los que podría aplicarse la frase de Pablo Luis Courier, el famoso helenista, «nos illustres pillages»?

Exacto que allá, en 1814 y 1815, cuando los Tratados y convenciones de París y de Viena, fueron reintegradas muchas de aquellas prodigiosas obras, de aquellas creaciones sublimes del genio, a sus primitivos lugares; exacto, que muchas de las telas debidas al pincel incomparable del hijo de Siègen volvieron a cubrir los muros de *Notre-Dame*, de Amberes; los de Crayer, los de la iglesia de Santa Catalina, de Bruselas; los de Jordaens, los de *Saint Rombaut*, de Malinas, y los de Otto Vaenius, los de la catedral de Gante; pero no todos esos tesoros volvieron, porque bastantes aun ardarán dispersos en galerías y museos. Quizás se diga: ¿No fueron conquistadas en Namur las ocho banderas que a los austriacos arrancó el general Valence, por los soldados de la República? ¿No se apoderaron de sesenta cañones y de inmenso botín en los campos de Tourcoing los batallones de Souham, por qué, pues, no se han de considerar también frutos de la victoria los objetos de arte sacados de las catedrales y de los palacios, de las casas comunales y de las iglesias belgas *par les armées de la République, une et indivisible, pendant la guerre de la liberté?*»

En Italia, tal vez se haga observar después de aquella maravillosa campaña en que el antiguo teniente del regimiento de la Fère, entonces ilustre general Bonaparte, batió a Wurmser en Castiglione y a Alvinzi en Rivoli, en Italia, los cuadros de Rafael, de Mantegna, de Guide Reni y de Tiziano, procedentes de Perusa y de Cento, de Módena y de Venecia, las esculturas del Vaticano, del Capitolio y de museo Borghese, las urnas de pórfido y los vasos etruscos de los museos de Verona, Bolonia y Pavia, los manuscritos de la biblioteca Ambrosiana, los dibujos de Alberto Dureró, los cartones de la Escuela de Atenas, los cobres de la Calcografía Apostólica, y mil más tesoros de la antigüedad y de las artes, fueron cedidos a Francia triunfante, a consecuencia de estipulaciones y armisticios, más o menos voluntarios, como los de Parma, Bolonia y Tolentino; pero de que en Bélgica, por iguales medios, adquirieran la Convención y el Directorio, para enriquecer los museos de París, «La flagelación de Cristo» y el «Acteon», de Rubens, el «San Buenaventura» y «Jesús muerto», de Van Dyck, y «La caída de los ángeles», de Floris; de que en Bélgica ocurriera lo mismo que en Italia, no tenemos noticia; es decir, que en la invadida y desventurada Bélgica, sus tesoros artísticos pasaron a ser trofeos de las huestes de Dumouriez, de Augereau y de Massena, formadas aquéllas, en su mayoría, por gentes como las del célebre batallón de la *Section des Lombards*, allegadizas y tumultuarias, sin necesidad de tratos ni de armisticios.

¡Oh, el derecho de conquista! Para el vencedor, la conquista da derechos; para el vencido, suele ser una inicua expoliación.